

héctor díaz-polanco*

etnia, clase y cuestión nacional**

La cuestión étnica, íntimamente vinculada a la problemática de las nacionalidades, ha recobrado vigencia en los últimos años, avivándose al mismo tiempo el debate entre diversas tendencias teórico-políticas. Desde luego, el interés y las acaloradas discusiones que se suscitan en relación con estos temas, están enlazados con la circunstancia de que, contra ciertas previsiones, los movimientos de tipo étnico o nacional no sólo no han desaparecido o perdido importancia, sino que se han intensificado y ganado un destacado lugar en el drama sociopolítico que se escenifica en numerosos puntos del mundo.

Aunque por motivos distintos, tanto los pensadores burgueses del siglo pasado, como los teóricos revolucionarios coetáneos, se inclinaban a pensar que las diferencias étnicas y nacionales tenderían paulatinamente a desaparecer en favor de una gradual homogeneización. El enfoque burgués derivaba de una fe casi religiosa en el **progreso**, cuya cima se identificaba por lo regular con la llamada sociedad "civilizada", o sea, la sociedad occidental-capitalista. Por imperativos del progreso, la humanidad toda tendía hacia ese punto: el alcance de la civilización. En tanto los pueblos que todavía mostraban rasgos particulares y diferentes

* Antropólogo y sociólogo; investigador del Centro de Investigación para la Integración Social (CIIS). Las opiniones vertidas en este texto no reflejan necesariamente las de la institución mencionada.

** El presente artículo se basa en la ponencia presentada durante el "Seminario sobre La Cuestión Étnica y la Cuestión Regional en América Latina", organizado por la Sociedad Interamericana de Planificación (SIAP), México, octubre de 1980.

eran tales por encontrarse en fases de “atraso” –se argumentaba–, esas singularidades irían desapareciendo en la medida en que ascendieran por la escala del progreso.¹

La idea de una progresiva homogeneización también estuvo presente, en algún grado, en el pensamiento de los fundadores del marxismo. Por una parte, operó la idea de que las particularidades de las minorías nacionales, regionales o étnicas serían incorporadas y/o absorbidas por los grandes conjuntos nacionales que se constituían en Estados, haciéndolas en consecuencia desaparecer, o que en todo caso tales “pueblos en ruinas” se conservarían tan sólo “en calidad de monumentos etnográficos”, como apuntó Engels.² Por otra parte, Marx y Engels llegaron a considerar que incluso los contrastes nacionales tenderían a desaparecer con el desarrollo capitalista y que la toma del poder por el proletariado acentuaría tal propensión aún más.³ De ahí que el problema nacional pudiera ser interpretado como un asunto transitorio y, en tal sentido, secundario en las preocupaciones del proletariado.

Lo anterior no quiere decir que Marx y Engels se desentendieran de los problemas de las minorías étnicas o nacionales. En realidad ambos pensadores revolucionarios estuvieron siempre pendientes de los movimientos de los pueblos subyugados y sentaron planteamientos y bases teóricas de gran interés en torno al asunto. Bajo el influjo de su ejemplo (preocupación siempre constante por los problemas concretos del momento) toda una generación de pensadores revolucionarios que va desde Kaustky, pasando por Lenin, hasta Rosa Luxemburg, se ocupó del tema, con lo que se desarrolló así tanto una rica literatura al respecto como una tradición

¹ Cf., por ejemplo, Lewis H. Morgan, **La sociedad primitiva**, Madrid, Ed. Ayuso, 1970; un panorama de este enfoque evolucionista, véase en H. Díaz-Polanco, “Morgan y el Evolucionismo”, México, **Nueva Antropología**, núm. 7, 1976.

² “Todas las modificaciones, si han de durar, tienen que tender, por regla general, a conferir a las grandes naciones europeas sus **verdaderas** fronteras naturales, determinadas por la lengua, las simpatías, mientras que, al mismo tiempo, los pueblos en ruinas que aún se encuentran aquí y allí, y que no son ya capaces de una existencia nacional, deben seguir incorporados a naciones mayores, o conservarse en calidad de monumentos etnográficos”. Citado por Georges Haupt y Claudie Weill, **Marx y Engels frente al problema de las naciones**, Barcelona, Editorial Fontamara, 1978, p. 19.

³ Esta idea se encuentra acentuada en un escrito de juventud en estos términos: “El aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecen de día en día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que le corresponde [...] El dominio del proletariado los hará desaparecer más de prisa todavía”. C. Marx y F. Engels, “El Manifiesto Comunista”, en **Obras Escogidas**. Tomo I, Moscú, Ed. Progreso, s.f., p. 37.

polémica que es hoy día imprescindible para la comprensión de la cuestión.⁴

Sea de ello lo que fuere, interesa subrayar en este momento que muchos de esos pueblos que eran considerados prácticamente como "ruinas" y que al parecer estaban condenados a ser incorporados en unidades nacionales mayores o a permanecer como "monumentos etnográficos" (tal sería el caso de los vascos, por ejemplo), han mostrado una vitalidad imprevista, incluso de carácter revolucionario; y que otros grupos se han constituido en el curso de los años en una fuerza social pujante.

Vale la pena destacar aquí que ni en la actualidad ni en el pasado, el interés por las minorías nacionales o étnicas ha respondido a pruritos académicos o al gusto por el conocimiento en sí mismo. En la perspectiva burguesa (cristalizada en una disciplina como la antropología, por ejemplo) la preocupación por las nacionalidades o los grupos étnicos ha respondido básicamente al proyecto de incorporación o integración de tales conjuntos a la lógica de la expansión capitalista. Por el lado de la tradición marxista el interés práctico puesto en el tema es neto: en términos generales se puede resumir diciendo que radica en establecer el papel que juegan o pueden jugar tales grupos en el proyecto de democratización de la sociedad y de construcción del socialismo. Como corolario de esto último, además, los marxistas han estado preocupados por dilucidar las bases y las condiciones en que el movimiento revolucionario debe apoyar las luchas por la autodeterminación o la autonomía de las nacionalidades y los grupos étnicos, siempre con la mira puesta en los objetivos revolucionarios.⁵

⁴ Los textos marxistas dedicados al análisis de la cuestión nacional y, en general, a la problemática de las minorías oprimidas son muy abundantes. Cf., por ejemplo, K. Marx y F. Engels, "La Cuestión Nacional y la Formación de los Estados", **Cuadernos de Pasado y Presente**, núm. 69, México, 1978; V.I. Lenin, **La lucha de los pueblos de las colonias y países dependientes contra el imperialismo**, Moscú, Editorial Progreso, s.f.; Rosa Luxemburgo, "La Cuestión Nacional y la Autonomía", **Cuadernos de Pasado y Presente**, núm. 86, México, 1979; J.V. Stalin, "El Marxismo y la Cuestión Nacional", en **Obras Completas**, Tomo 2, México, Editorial Actividad Eda, 1977; Varios, "La Segunda Internacional y el Problema Nacional y Colonial", **Cuadernos de Pasado y Presente**, núm. 73 y 74, México, 1978. Los trabajos dedicados al estudio del pensamiento marxista sobre el tema son también muy numerosos; pueden consultarse con provecho: M. Löwy y G. Haupt, **Los marxistas y la cuestión nacional**, Barcelona, Editorial Fontamara, 1980; Maxime Rodinson, **Sobre la cuestión nacional**, Barcelona, Editorial Anagrama, 1975; Roman Rosdolsky, "Friedrich Engels y el Problema de los Pueblos 'Sin Historia'." México, **Cuadernos de Pasado y Presente**, núm. 88, 1980; Hélène Carrère d'Encausse et al., **Comunistas y/o Nacionalistas**, Barcelona, Ed. Anagrama, 1977, y Georges Haupt y Claudie Weill, **Marx y Engels frente al problema de las naciones**, op. cit.

⁵ Ilustraciones de este interés concreto lo encontramos en la atención prestada

Ahora bien, aunque se han hecho avances muy importantes en el esclarecimiento de la problemática que nos ocupa, debe admitirse que existen muchos puntos de desacuerdo no sólo entre tendencias teórico-políticas opuestas, sino incluso entre los autores que se ubican –por lo menos en términos de sus declaraciones explícitas– en la misma perspectiva y preocupación respecto a la cuestión de los pueblos oprimidos: por ejemplo, para decirlo pronto, entre autores que se adscriben a un enfoque “progresista” del asunto, o sea, que son partidarios de la supresión de las discriminaciones, opresiones, etcétera, que sufren los grupos de marras.

Sin duda, las causas de tales diferencias son muy complejas y se relacionan sobre todo con distintos puntos de vista históricos que se enraizan en la estructura clasista de la sociedad. No obstante, es probable que en algunos casos los debates se hallen al menos oscurecidos por la falta de precisión respecto a los términos de la discusión. Quizás un elemento que contribuye a enturbiar la polémica radica en la ambigüedad conceptual que caracteriza con frecuencia el discurso, ayudada por la polisemia de los términos y la confusión de los niveles de análisis. En este sentido se pueden señalar al menos tres dificultades u obstáculos:

1) la confusión o el uso indistinto de nociones que se refieren a fenómenos diferentes (v.gr., el uso indistinto de las nociones de etnia, nacionalidad o nación o la transposición de sus significados);

2) la imprecisión o el reduccionismo de los conceptos, y

3) la ahistoricidad que se asigna a las categorías y, por consiguiente, a los fenómenos que designan.

El presente ensayo no pretende ofrecer soluciones a este caudal de problemas, tarea que rebasa sus intenciones. Nos proponemos la tarea más modesta de examinar las relaciones entre algunos fenómenos que pueden ser considerados como claves y sugerir ciertas líneas de discusión.

La cuestión étnica y las clases sociales

Para empezar, podemos detenernos en la relación etnia-clase. Un examen de la literatura relevante nos indica inmediatamente que éste es uno de los aspectos claves de la cuestión y, por lo tanto,

por Marx y Engels a los casos de Polonia e Irlanda, por ejemplo. Igual sentido tiene la divergente preocupación de R. Luxemburgo y Lenin por el caso polaco, y la permanente concentración del último autor en la problemática de las nacionalidades oprimidas durante el imperio zarista. Lo mismo puede decirse de los denominados austromarxistas: Otto Bauer, K. Renner, etcétera.

en el que se han concentrado encendidos debates. En ocasiones la discusión se presenta como un diálogo de sordos, debido a que a menudo las posiciones se combinan bipolarmente, ya sea subrayando unilateralmente del lado de lo étnico o ya sea del lado de las clases. De esta manera, las posiciones más radicales van desde negarle validez al fenómeno étnico hasta, por el contrario, postular que el análisis clasista no es aplicable a la cuestión étnica.

En favor de la claridad, y a riesgo de incurrir en simplificación, las posiciones sobre esta problemática se pueden clasificar en cuatro enfoques fundamentales, de importancia e influencia variables:

1. El que se niega a reconocer lo étnico como un fenómeno relevante desde el punto de vista social o político. Ya sea porque se considera como un asunto de poca importancia (secundario y/o transitorio), ya sea porque de plano se sostiene que lo étnico sencillamente no opera como una fuerza sociopolítica que deba ser tomada en cuenta, se propone el análisis y la acción basados exclusivamente en la perspectiva de las clases sociales. En este caso, con independencia de la mayor o menor rigidez de las proposiciones o de los argumentos que se esgrimen, el resultado es una "sustitución" de la etnia por la clase.

En rigor, por lo tanto, no se trata de buscar la relación entre el fenómeno étnico y el clasista, sino de reducir el primero al segundo, operando un procedimiento de sustitución que hace desaparecer una esfera relevante de la realidad. Para nuestros fines es poco útil detenerse mayormente en el examen de esta posición. A ella se adscriben las tendencias más dogmáticas del marxismo, regularmente caracterizadas por un énfasis economicista que tiende a empobrecer la complejidad histórica y sociopolítica. Por fortuna, tal posición parece tener cada vez menos adeptos.⁶

2. El siguiente enfoque, es en más de un sentido la inversión del anteriormente indicado. Se sostiene que el fenómeno étnico no sólo es irreductible a la problemática clasista, sino además que el análisis de las clases es irrelevante e inoperante para el entendimiento del primero. Tal punto de vista se sustenta en la tesis de que el fenómeno étnico es, en esencia, independiente de la es-

⁶ Un ejemplo "clásico" de esta postura dogmática y reduccionista, es quizá adecuadamente ilustrado con el punto de vista sostenido por N. Bujarin respecto al derecho a la autodeterminación de las minorías oprimidas: éste argumentó que sólo se debería reconocer el derecho "de las clases trabajadoras a la autodeterminación" (1919). Lenin replicó que era "ridículo" desechar el "programa mínimo" para "dejar únicamente el programa máximo". Y agregó que ignorar la cuestión de las nacionalidades era absurdo, puesto que "No se puede dejar de reconocer lo que existe: la realidad se impondrá por sí misma." Lenin, "Informe sobre el Programa del Partido", en *La Lucha de los Pueblos de las Colonias y Países Dependientes contra el Imperialismo*, op. cit., p. 331.

estructura de clases de la sociedad. Si bien puede admitirse la utilidad de la noción de clase para el estudio de determinados hechos, se aduce que cuando se trata de lo "étnico" la situación es bien distinta.

Regularmente detrás de esta posición está la idea de que lo étnico corresponde a una esfera específica y particular que no es impactada por la dinámica estructural (clasista) de la sociedad; y en favor de tal punto de vista se argumenta con frecuencia que lo "étnico" es incluso "anterior" a la aparición de las clases. Este enfoque es igualmente reduccionista (y ahistórico) que el anterior: estamos ante una reducción simétrica (pero invertida), que en este caso "sustituye" lo clasista en favor de lo étnico.

En las expresiones extremas tanto de ésta como de la anterior posición, lo que se postula en realidad no es que etnia y clase corresponden a fenómenos de naturaleza diferente o que se ubican en instancias o niveles distintos, sino que uno excluye al otro según el caso; no se busca la **relación** entre los niveles ni se les mantiene simplemente **separados**, sino que se soluciona la cuestión **anulando** uno de los términos (lo étnico en el primer enfoque, lo clasista en el segundo).⁷

3. El tercer enfoque que interesa observar aquí no reduce la clase a la etnia (ni viceversa), pero tampoco busca vincularlas en un análisis estructural y totalizador en el que queden precisados los niveles de relación y especificidad de ambos fenómenos. Se postula que se trata de fenómenos de naturaleza distinta, pero que, al atravesar por procesos adecuados, uno tiende a convertirse en el otro, a transformarse evolutivamente: en este sentido, lo "étnico" debe evolucionar hacia lo "clasista"; y lo clasista prefigura aquello en que deberá convertirse lo étnico. En términos generales, este enfoque corresponde a la visión burguesa que observa al fenómeno étnico como una fase (regularmente identificada con la noción de etapa de "atraso") que en el curso del desarrollo capitalista será finalmente superada.

En versiones latinoamericanas más recientes y más elaboradas de este enfoque, se le denomina "**integración**" al proceso de conversión indicado. En virtud de este proceso los grupos étnicos pasan a formar parte de la "nación", en condiciones en que la relación clasista define su inserción. Lo básico de la integración, según la misma perspectiva, radica en que los indígenas se convertirán en proletarios, es decir, venderán su fuerza de trabajo

⁷ El enfoque general -y sus variantes- que tiende a excluir el análisis clasista del terreno de los fenómenos "étnicos", "agrarios", etcétera, es designado en la literatura y la tradición política como "populismo". Para un examen provisional de perspectivas que se sitúan en el reduccionismo étnico, Cf. H. Díaz-Polanco, "Indigenismo, Populismo y Marxismo", en *Nueva Antropología*, México, núm. 9, 1978.

por un salario. Así las cosas, aunque como ya se dijo la concepción que nos ocupa no es reduccionista por lo que se refiere a la relación etnia-clase, en cambio asume un reduccionismo –por decirlo así– restringido, en tanto sujeta la condición de clase a la condición de proletario. Es porque no se asume lo clasista en lo étnico, en efecto, por lo que se supone que el indígena “pasa” a una condición de clase.⁸

4. La cuarta posición puede ser considerada, por sus efectos o conclusiones finales, como una variante del enfoque clasificado aquí en segundo lugar. Sin embargo, reviste la mayor importancia puesto que su itinerario es diferente y más elaborado. Se comienza postulando que etnia y clase “no son del mismo orden” (en lo que coincide aparentemente con la tercera posición de esta clasificación); pero de este principio se deduce que, justamente por tratarse de fenómenos de “orden” diferente, no sólo no puede reducirse lo étnico a lo clasista, sino además que no se debe esperar, como plantea el indigenismo por ejemplo, que de la condición étnica se pasará simplemente a la de clase, puesto que lo étnico no es sencillamente una etapa provisoria.⁹ Este planteamiento constituye sin duda un apreciable avance para el análisis del problema.

Al parecer lo que se desea es poner énfasis en la especificidad de lo étnico, apoyándose en una postura antirreduccionista. Sin embargo, y pese a que no se intenta reducir lo étnico a lo clasista (ni viceversa), como ocurre en un sentido u otro en los dos primeros enfoques examinados, esta posición, en aras de acentuar la especificidad de lo étnico, termina por mantener **separados** los dos “órdenes” en cuestión, dificultando el establecimiento de un campo adecuado de **vinculación** entre ellos. De este modo, prácticamente el fenómeno étnico termina por desvincularse de la estructura socioeconómica en la que se inserta y, por consiguiente, se hace independiente de la conformación clasista de la sociedad.¹⁰

⁸ Probablemente el enfoque latinoamericano más identificado con esta posición es el llamado “indigenismo”. El autor que más claramente ha elaborado una perspectiva semejante es quizá G. Aguirre Beltrán, sobre todo en relación con su tesis del paso de la condición de “casta” a la “clase”. Cf., Gonzalo Aguirre Beltrán, **Obra Polémica**, México, SEP-INAH, 1975, pp. 105 y 211. y H. Díaz-Polanco, “La Teoría Indigenista y la Integración”, en **Indigenismo, Modernización y Marginalidad**, México, CIIS-Juan Pablos Editor, 1979.

⁹ G. Bonfil ha expresado con precisión esta idea al advertir que “se da por sentado que etnia y clase son fenómenos sociales del mismo orden. De alguna manera, lo étnico se concibe como una etapa por superarse mediante lo clasista, tanto en términos de organización y participación, como en el campo ideológico y de conciencia. Se propone un paso de la condición étnica a la de clase, como si fueran –repito– fenómenos del mismo orden. En esta reducción radica la confusión fundamental”. Guillermo Bonfil Batalla, “Sobre la Liberación del Indio”, en **Nueva Antropología**, México, núm. 8, 1977, pp. 96-97.

¹⁰ Esta consecuencia queda ilustrada, a nuestro juicio, en el siguiente texto de Bonfil: “En efecto, los grupos étnicos son categorías sociales diferentes de las

Así, por otra vía, volvemos a encontrar la bipolaridad, sin solución a la problemática básica: la cuestión de su relación histórico-estructural.

Ciertamente, si se desea entender la problemática étnica en una perspectiva histórica (como dicen quererlo la mayoría de los autores que han entrado en la polémica), los problemas a resolver básicamente serían los siguientes: a) establecer las bases generales de la especificidad del fenómeno étnico, y b) definir el campo de relación que guarda tal fenómeno con la estructura de la sociedad, en la que la composición clasista es fundamental. Esto último es necesario no sólo para estar en condiciones de precisar en qué consiste lo distintivo de lo étnico, sino además para poder discutir y analizar su historicidad; dicho de otro modo, es necesario no sólo rescatar el campo de especificidad de lo étnico, sino además el terreno en que se funda tal naturaleza y la "base" en que de todas maneras se sustenta y por lo cual tiene dinámica histórica. Volveremos sobre este punto más adelante.

En resumen, a nuestro juicio, las posiciones esquematizadas más arriba no dan soluciones satisfactorias a la problemática de la relación etnia-clase. Esto así porque, como se ha indicado, o se resuelve la cuestión en término de un recurso reduccionista, o se asume una perspectiva evolucionista a la vieja usanza, o finalmente se mantienen los fenómenos separados bajo el criterio de que son de distinto orden.

Etnicidad y Etnia

Con el objeto de explorar la problemática que nos ocupa, haremos a continuación algunas reflexiones que podrían ser útiles para la discusión. Antes que nada, tal vez sería de gran ayuda comenzar por distinguir dos nociones que habitualmente se confunden, lo que contribuye a oscurecer el análisis. En concreto, cabría discernir la "etnicidad" (o lo "étnico") de la "etnia" (o los "grupos étnicos", o "grupos indígenas": terminología particular utilizada para referirse a las etnias de América Latina y de otras regiones del mundo). Esta distinción nos parece importante porque puede decirse que, de manera invariable, cuando se reflexiona sobre la etnicidad es para atribuirla exclusivamente a las etnias o grupos étnicos. Esto resulta unilateral.

En efecto, es probable que la mayoría de los autores estén de acuerdo en definir lo "étnico" (o la etnicidad) como un complejo

clases en tanto no se definen por la posición de sus miembros en el proceso productivo dentro de una particular formación socio-económica". G. Bonfil Batalla, *loc. cit.*, p. 97.

particular que involucra, siguiendo formas específicas de interrelación, ciertas características culturales, sistemas de organización social, costumbres y normas comunes, pautas de conducta, lengua, tradición histórica, etcétera. Pueden concebirse diversas variantes respecto a esta definición, especialmente por lo que se refiere a los “factores” que se hacen entrar en juego; pero en lo fundamental puede decirse que lo étnico consiste en las muy variables formas en que se articulan y estructuran concretamente tales elementos de orden sociocultural.

Así las cosas, no es congruente atribuir la cualidad étnica exclusivamente a ciertos grupos o conjuntos sociales. En el fondo, ello equivale a reducir la etnicidad a ciertas formas específicas de la misma y a sostener que existen grupos socioeconómicos que no poseen tradición, sistemas culturales y normativos, formas de organización, etcétera, comunes. Lo adecuado sería admitir, en nuestra opinión, que todo grupo social constituido posee su etnicidad propia.

En este orden de ideas, una vez conformados los sistemas sociales clasistas, la etnicidad debe ser considerada como una **dimensión** de las clases o, si se quiere, como un **nivel** de las mismas. De esta manera, **toda clase o grupo social posee una dimensión étnica propia**, dejando de lado por el momento la circunstancia de que una misma “cúpula” étnica pueda abarcar a varias clases sociales diferentes. Así como ciertos estudios hoy clásicos¹¹ nos muestran que el análisis clasista no se reduce a las condiciones económicas (lugar ocupado en el proceso productivo, en la división social del trabajo, modo y proporción de la apropiación de la riqueza, etcétera), sino que además involucra las formas de organización política y las estructuras ideológicas específicas, del mismo modo debería considerarse como una dimensión relevante de las clases sociales el nivel étnico.

Ahora bien, los diversos componentes o “dimensiones” que configuran la naturaleza de las clases permiten desarrollar, en condiciones históricas particulares, formas de **identidad** y **solidaridad** en diferentes escalas. Estas formas de identidad social son muy variables, puesto que pueden constituirse básicamente a partir de condiciones económicas comunes, de proyectos políticos compartidos y, también, **a partir de los componentes étnicos, o sea, de la etnicidad**. Cuando esto último ocurre –y sus condiciones de ocurrencia **dependen de factores históricos concretos**, cuya consideración en el análisis permitiría despojar al fenómeno étnico de su halo ahistórico y su aparente independencia de la dinámica

¹¹ Quizás uno de los ejemplos más brillantes de un análisis que toma en cuenta los factores político-ideológicos, lo constituya la obra de Marx “El 18 Brumario de Luis Bonaparte” en Marx-Engels, **Obras Escogidas**, Tomo I, **op. cit.**

estructural-, estamos justamente ante una **etnia** o un “grupo étnico”. Así, pues, la etnia o el grupo étnico se caracteriza por ser un conjunto social que ha desarrollado una fuerte solidaridad o identidad social a partir de los componentes étnicos. Esta identidad étnica le permite al grupo, por otra parte, no sólo definirse como tal, sino además establecer la “diferencia” o el contraste respecto a otros grupos.

Así conceptualizada, la etnia no es la depositaria exclusiva de la “etnicidad”. La etnia, en cambio, es el conjunto social que ha desarrollado formas de identidad resaltando los componentes étnicos. Otros grupos sociales, **sin dejar por ello de poseer su propia etnicidad**, desarrollan formas distintas de identidad al subrayar dimensiones de otro “orden”. Lo étnico, por consiguiente, no es un elemento extraño a (o incompatible con) lo clasista; y los grupos étnicos no pierden por ser tales su carácter y raíz de clase.

Desde otro ángulo, es porque la etnicidad no es **realmente** ajena a las clases, y porque los grupos étnicos –con todo y ser tales– no dejan por ello de adscribirse en la estructura de la sociedad, por lo que puede plantearse, desde el punto de vista **metodológico**, que el conocimiento adecuado, histórico, del fenómeno étnico en las sociedades complejas debe adoptar **como punto de partida analítico** la composición clasista de la formación concreta de que se trata. Con lo dicho anteriormente se puede entender que tal proposición no implica negar la existencia y la especificidad del fenómeno étnico ni reducir la realidad social a la esfera de lo económico, como se ha interpretado con cierta insistencia.¹²

¹²A este respecto, en otra oportunidad, hicimos las siguientes aclaraciones: “Al expresar esta posición han surgido frecuentemente muchos malentendidos. En efecto, cuando se ha propuesto la noción de clase como punto de partida esencial para entender los complejos sociales en general y el complejo étnico en particular, a menudo se ha interpretado que eso supone:

“1. **Negar de una plumada y dogmáticamente la importancia y el interés del fenómeno étnico.** Por mi parte, no suscribiría tal posición. Pero de lo que se trata, en realidad, es de enfatizar la cuestión metodológica de que se debe partir de otra estructura (la estructura de clases) para entender la naturaleza y la reproducción del complejo étnico, postulando que el fenómeno cultural y social que este último implica está determinado por aquella estructura clasista; no en el sentido de que la primera produce a la segunda, sino en el sentido de que en el movimiento de una podemos encontrar la clave de la constitución y reproducción de la otra.

“2. **Reducir el análisis científico al estudio exclusivo de los fenómenos económicos.** Hay que rechazar esta interpretación burda, que intenta reducir el marxismo al economicismo menos imaginativo. Algo digno de estudio es la curiosa internalización de toda propuesta de análisis clasista, como un análisis económico. Por lo pronto, no es fácilmente inteligible por qué se intenta identificar una cosa con la otra, pues parece establecido que si hay un concepto teórico que incluye necesariamente las dimensiones sociales, culturales, ideológicas, [étnicas], etcétera, es la noción de clase social. De tal manera, que no existe

La historicidad del fenómeno étnico

Por otra parte, sólo una perspectiva que vincula lo étnico con la estructura clasista de la sociedad y que, en consecuencia, observa las raíces clasistas de las etnias, permite visualizar a éstas como entidades **históricas**. De otra manera, y no obstante las declaraciones en contrarias, el fenómeno étnico pasa a convertirse en una especie de protoplasma absoluto que flota por encima de las transformaciones históricas de la sociedad y que, por consiguiente, resplandece por una cualidad insólita: su inmutabilidad esencial.¹³ De ese modo, no sólo se oscurece la naturaleza misma del fenómeno étnico que se desea explicar o conocer al convertirlo en una entidad mística, sino que además la importante cuestión de las condiciones en que surge y se constituye la etnia y las que eventualmente pueden determinar su extinción o desaparición queda en la penumbra.

Cabe aquí ilustrar las consecuencias ahistóricas que se derivan de hacer independiente lo étnico de la estructura de clases, con la afirmación de Bonfil, en el sentido de que la existencia de la etnia "no está relacionada directamente con los cambios en la estructura de la sociedad". Aquí el término clave parece ser "directamente"; sin embargo, de los ejemplos aducidos de inmediato (el de los **han**, "que han atravesado por diversos estados evolutivos" y el de otros "pueblos" como los vascos, catalanes, etcétera) se deduce que la relación que guarda la etnia con las transformaciones sociales es prácticamente nula.¹⁴ Adelantándose a las implicaciones de sus anteriores indicaciones, el autor se apresura a agregar: Lo anterior no significa que las etnias sean ahistóricas, eternas o inmutables, (ya que) se pueden documentar casos de surgimiento de nuevas etnias, y, más fácilmente, de extinción de otras". "Pero de todos modos —concluye— lo que resulta claro es que la dinámica histórica de los grupos étnicos no es la misma que la dinámica de las clases sociales: en el socialismo desaparece la burguesía, pero no los

una justificación para «leer» análisis exclusivamente **económico**, cuando se dice análisis **clasista**". H. Díaz-Polanco, "Comentarios" (**Mesa Redonda sobre Marxismo y Antropología**), en **Nueva Antropología**, núm. 11, México, 1979, p. 74.

¹³ Contra este "esencialismo, tan conatural al pensamiento «metafísico», se ha pronunciado en repetidas ocasiones, con razón, M. Rodinson. "Las sociedades y los grupos —dice este autor— no tienen una esencia, un ser perdurable, una fidelidad a unas «invariantes» inmutables, ni una «misión» o «vocación» buenas o malas. Tienen una existencia que las modifica incesantemente, y es su situación —nunca exactamente la misma— sometida al juego de los cambios internos y externos, la que determina su conciencia y su acción..." M. Rodinson, **Sobre la cuestión nacional**, op. cit., p. 93.

¹⁴ Tal parece que aquí el autor, dicho sea de paso, se está refiriendo a **nacionalidades**, que constituyen un fenómeno de otro "orden". Más adelante me detendré en esta cuestión.

georgianos; con la revolución industrial surge la clase obrera, el proletariado en su sentido estricto y clásico, pero no los ingleses.¹⁵

Estos planteamientos merecen algunos comentarios. Ante todo, la historicidad del fenómeno étnico no puede agotarse en la constatación de que las etnias aparecen y a menudo se extinguen, pues de esa manera se deja de lado la importante cuestión de que ellas, **mientras existen**, también están sometidas a los procesos históricos de la sociedad en su conjunto. Es fundamental destacar esto último, ya que al olvidarlo puede escamotearse la perspectiva histórica por la vía de observar que durante largos periodos (varios estadios evolutivos o modos de producción) han existido grupos que mantienen siempre una identidad contrastante con respecto a otros. Pero lo que ocurre entonces es que detrás de la observación de ese contraste se desliza la idea de que tales grupos, por ello, **son siempre los mismos**, es decir, que se mantienen idénticos a sí mismos a lo largo del periodo considerado. La conclusión entonces es lógica: tales grupos se mantienen invariables al correr de varios estadios evolutivos o de varias fases históricas y, en consecuencia, no están sometidos a la dinámica de la historia.

No es difícil comprender que una cosa no se deduce de la otra. En efecto, puede observarse que ciertos grupos mantienen constante una "identidad contrastante" respecto a otros conjuntos sociales; **pero eso no significa necesariamente que la identidad que establece el contraste es siempre la misma**. Lo que puede ser constante es la existencia de una identidad que funda la "diferencia"; pero la naturaleza de esa identidad, en cada fase histórica, es incluida por las transformaciones que sufre la estructura social.

Un ejemplo sencillo de ello lo constituyen los grupos étnicos o grupos indígenas de nuestros países. Sin duda a lo largo de varios siglos han mantenido una identidad contrastante que los define como etnias; ¿pero de ello se puede concluir que tales etnias se han mantenido idénticas a sí mismas a lo largo de las diversas fases históricas por las que han atravesado nuestras sociedades? O dicho de otro modo, ¿la identidad diferencial que las ha caracterizado a lo largo de varias etapas, autoriza a considerarlas independientes de los procesos históricos de la sociedad? Creo que la respuesta a estos interrogantes es evidentemente negativa.

Lo mismo puede afirmarse de los georgianos, independientemente de que en este caso estamos ante una nacionalidad: la minoría nacional que constituían durante el imperio zarista, bajo la dominación de la "nacionalidad opresora" (Lenin) rusa, sufrió indudables cambios, incluso de carácter étnico, a partir del momento en que se inserta en un proceso de transformación socialista y llega a constituirse en república integrada a la

¹⁵ G. Bonfil, *Sobre la liberación del indio*, loc. cit., p. 97.

federación soviética.¹⁶ Asimismo, sólo un artificio terminológico permite suponer que los “ingleses” son la misma cosa antes y después de la revolución industrial y de la constitución de los Estados nacionales en Europa.¹⁷

Pero si lo que quiere argumentarse es que el fenómeno étnico tiene su propio **tempo**, su ritmo histórico particular, entonces no hay desacuerdo. También el fenómeno “nacional” o las transformaciones superestructurales en general, poseen sus propios ritmos, **diferentes** de los que caracterizan a los cambios estrictamente económicos, por ejemplo. Sin embargo, de ello no debe deducirse que la cuestión nacional o los procesos superestructurales son **independientes** de los cambios histórico-estructurales de la sociedad o que éstos no influyen sobre aquéllos. A lo que se hace alusión es justamente a la especificidad de tales fenómenos, una de cuyas expresiones es ciertamente esa dinámica histórica particular. En ese caso, es la investigación concreta la que debe determinar la naturaleza de esa especificidad y la forma en que se relaciona ella con la estructura básica de la sociedad, y no un principio general de independencia respecto a la estructura de clases que, aparte de ayudar muy poco al proceso analítico, sólo contribuye a otorgar al fenómeno étnico el mencionado carácter protoplasmático de fuerte sabor místico.

Etnia, nacionalidad y nación

Sobre el telón de fondo de las proposiciones hechas más arriba, es posible explorar un conjunto de problemas. En primer lugar,

¹⁶ En efecto, la actual RSS de Georgia es el resultado de vastos y complejos cambios económicos, sociales y étnicos. Lo mismo puede decirse en relación con la mayoría de los conjuntos que hoy conforman la URSS, en los cuales se originaron procesos étnicos de extraordinaria riqueza a lo largo del presente siglo, especialmente durante la consolidación del poder soviético. Cf., V.K. Gardanov, B.O. Dolgikh, T.A. Zhdanko, “Major Trends in Ethnic Processes Among the Peoples of the URSS”, en *Soviet Anthropology and Archeology*, vol. I, núm. 1, New York, 1962.

¹⁷ Refiriéndose a la pretendida inmutabilidad del “carácter nacional”, Rodison ha escrito: “Convendría demostrar precisamente en qué consiste esta invariable «fundamental». No es absolutamente seguro que lo fundamental en la cultura nacional sea siempre el mismo fenómeno o el mismo haz de fenómenos. Los caracteres nacionales cambian. Antes de llegar al puritanismo victoriano, Inglaterra estaba considerado como un país de joviales libertinos. En el siglo XVIII, los alemanes eran unánimemente considerados como unos seres fundamentalmente pacíficos. . . .” La misma imagen de movimiento y dinámica histórica proyecta el caso de la civilización musulmana, pese al mito de bloque compacto e invariable que se ha tejido alrededor de ella; en efecto, al analizarla más de cerca “se descubre fácilmente que el imponente edificio de la civilización musulmana clásica, tantas veces entendido como un bloque monolítico e

comprendiendo la etnicidad como una dimensión de las clases, es posible también concebir la presencia de diversas formas étnicas particulares que juegan en el horizonte de una clase social. Si bien un conjunto de componentes básicos son comunes a los diversos sectores o fracciones de una clase, es posible asimismo que articulaciones étnicas particulares tiendan a identificarse especialmente con ciertos grupos o porciones sociales. De esta manera, las dimensiones étnicas en sus formas específicas pueden ser un factor útil para la caracterización de ciertos subconjuntos clasistas.

En esta hipótesis los subconjuntos pueden articularse como sistemas de identidad basados en una dimensión étnica particular, que establece configuraciones de contrastación más o menos radicales, las cuales no abarcan en toda su extensión a la clase social de que se trata. Reiteramos que tales fenómenos ocurren en situaciones históricas concretas, cuyas condiciones de operación efectiva no pueden determinarse en abstracto o en términos de postulados generales y que, por consiguiente, son materia de la investigación específica. De todos modos lo que quiere indicarse aquí es que ciertos grupos sociales, aun formando parte de un conjunto social mayor estructuralmente hablando, se constituyen en configuraciones con una identidad propia. Este parece ser el caso de los grupos indígenas en América Latina, los cuales se fundan en formas de identidad étnica básicas, aunque sean parte integrante de la clase social genéricamente denominada **campesinado**.

Desde otro ángulo, es posible encontrar una situación distinta: cuando la misma configuración étnica sirve de "cúpula" a varias clases sociales articuladas, es decir, a una estructura clasista en una formación social concreta. Lo que deseamos postular es que en este caso estamos en presencia de una **nacionalidad**. Así, pues, la etnicidad puede ser el sustento tanto de las **etnias** como de las **nacionalidades**: pero es importante distinguirlas, pues se trata de entidades distintas.

La etnia abarca un fenómeno de identidad restringido a ciertos grupos constitutivos de una clase social determinada o, a lo sumo, al conjunto de una clase social. El fenómeno nacional, por su parte, involucra a una estructura compleja de clases sociales en relaciones recíprocas asimétricas, que encuentran, no obstante, un terreno común de solidaridad en función de la cual desarrollan una forma particular de identidad. Es precisamente la circunstancia de que el fenómeno nacional involucre a clases sociales diferentes, vinculadas indudablemente por relaciones de explota-

impenetrable, es una formación de las más complejas, que nunca ha dejado de hacerse y deshacerse. . . ." Rodinson, *op. cit.*, pp. 96 y 93.

ción, lo que hace más difícil su comprensión. Sin embargo, también hay que apuntar que es justamente esta base clasista compleja lo que otorga su característica específica a la cuestión nacional.

En efecto, en función de componentes étnicos en algún grado comunes (tradicción histórica, lengua, etcétera), la constelación clasista de que se trata desarrolla una forma de identidad cuyo rasgo sobresaliente es ser de naturaleza **política**. Esta identidad nacional, pues, en alguna medida está íntimamente vinculada al proyecto político de constitución de un Estado nacional propio. No se concibe, por consiguiente, a la nacionalidad sin que opere con mayor o menor intensidad este proyecto nacional (creación de un Estado propio), o sea, la tendencia a lograr la autodeterminación.

Tal proyecto es, con certeza, más o menos común a todas las clases que intervienen, y él les otorga identidad; pero sin duda también para que se desarrolle tal identidad nacional se requiere justamente que una clase o una alianza de ellas —comandada por algún grupo hegemónico o dirigente— promueva por necesidad económica (y también política) el proyecto de autodeterminación mencionado.¹⁸

De lo dicho se desprende que una **nacionalidad** constituye una formación clasista que desarrolla una identidad política sobre la base de componentes étnicos y que tiende a definir un proyecto de autodeterminación, precisamente porque se encuentra integrada en un espacio estatal al cual no acepta como propio; así, pues, su tendencia en cuanto movimiento nacional es a crear un Estado-nación distinto.¹⁹

¹⁸ A este propósito Lenin ha apuntado que precisamente la “época del triunfo definitivo del capitalismo sobre el feudalismo estuvo ligada a movimientos nacionales”, cuya “base económica” radicó en que “para la victoria completa de la producción mercantil, es necesario que la **burguesía** conquiste el mercado interior”. Esta necesidad de la burguesía no impidió, sin embargo, que los proyectos nacionales involucraran a las demás clases sociales, concretamente al campesinado en general y los grupos étnicos en particular. Tal mecanismo básico es el que habitualmente opera allí donde se dan las circunstancias de una clase dirigente que “arrastra” a otras en dirección a la creación de un espacio político propio, adecuado a sus fines sociopolíticos y económicos. Es por estas consideraciones que Lenin concluye que “**la tendencia de todo movimiento nacional es a formar Estados nacionales**, que son los que mejor responden a [las] exigencias del capitalismo moderno”. Lenin, “Sobre el Derecho de las Naciones a la Autodeterminación”, en *La Lucha de los Pueblos . . .*, op. cit., p. 94. Subrayados nuestros.

¹⁹ Según Haupt y Weill, en esta dirección apunta el sentido de la noción de “nacionalidad” en Marx y Engels: “En el vocabulario de Marx y Engels, la nacionalidad es una formación cristalizada en la alta edad media a partir de un «enmarañamiento de pueblos» que precede y puede dar origen a la nación. En la época moderna, el término reviste, pues, un doble sentido: en una acepción

Ahora bien, en tanto se da esta integración en un Estado-nación determinado, en tanto ocurre esta impugnada "pertenencia a un estado", regularmente la nacionalidad asume en tanto tal otro rasgo importante: el de ser una entidad "oprimida".²⁰ Y esta condición de "nacionalidad oprimida", a su vez, contribuye a fortalecer la solidaridad nacional y favorece los movimientos orientados a hacer realidad el proyecto de autodeterminación.

Nos parece que el caso de las nacionalidades contribuye a aclarar el sentido de algunos juicios expuestos anteriormente. En especial, recalca la importancia de la estructura clasista para entender fenómenos como el étnico, no obstante que se admite que ellos poseen su propia especificidad en tanto tales. En efecto, en la constitución del fenómeno nacional interviene de manera destacada el complejo étnico, en el cual en algún grado se sustenta. Sin embargo, el hecho nacional y los movimientos de masa que lo acompañan, quedarían en la oscuridad si no observamos que su naturaleza en tanto "hecho social" está determinada por la circunstancia de que involucra a un conjunto de clases sociales vinculadas en condiciones peculiares. La especificidad del fenómeno nacional, por consiguiente, se coloca justamente en el terreno en que es posible que se desarrollen identidades, alianzas y proyectos comunes a **varias clases sociales**, con una orientación particular en cuanto tendencia: la creación de un espacio nacional propio (autodeterminación) que implica casi siempre, al mismo tiempo, la anulación de una relación de "opresión" (nacional) respecto a otra nacionalidad. Todo lo indicado, en fin, nos remite también a los condicionantes estructurales que sustentan asimismo la **historicidad** del fenómeno nacional.

Etnia, campesinado y región

Lo dicho hasta aquí nos permite pasar, con brevedad, a otras cuestiones. Por una parte, al asumir la caracterización de etnia o grupo étnico intentada más arriba (y a condición de no confundirla con la noción de nacionalidad) resulta claro entonces que los grupos étnicos o grupos indígenas a menudo forman parte de la clase social globalmente denominada "campesinado". Este es el caso, por lo menos, de los grupos indígenas en América Latina.

estrictamente política, pertenencia a un Estado, o bien formación no desarrollada en nación, no constituida en Estado". G. Haupt y C. Weill, **Marx y Engels frente al problema de las naciones, op. cit.**, p. 26.

²⁰ Lenin apuntó en forma reiterada que la distinción entre nacionalidades "opresoras" y "oprimidas" era fundamental para entender la cuestión nacional y proponer una solución correcta a la misma. Cf., Lenin, **La cuestión de la paz, loc. cit.**, p. 137 y ss.

Desde luego, de lo indicado se desprende que no todos los campesinos constituyen formas de integración e identidad en función de los componentes étnicos. No está de más insistir en que las condiciones históricas que determinan la aparición de las etnias en tanto formas de integración social, deben establecerse sobre la base de investigaciones concretas y no de planteamientos teoréticos generales.

De todas maneras, es importante dejar sentado que históricamente los grupos étnicos parecen vincularse, en tanto tales, a las condiciones socioeconómicas que los especialistas han denominado forma campesina o sistema "mercantil simple",²¹ con todas sus implicaciones no sólo en término de las relaciones económicas (y especialmente mercantiles), sino además político-jurídicas e ideológicas propiamente dichas. Esta raíz estructural "mercantil simple" de los grupos étnicos es estratégica para entender no sólo la especificidad de la etnia, sino además todo un conjunto de mecanismos que están en la base de su reproducción y de sus eventuales transformaciones.

A este respecto debe señalarse que Lenin, en relación con las "colonias" y "pueblos débiles", observaba que los "sentimientos nacionales" en general —como característica tendencial se mostraban más acendrados mientras más pronunciados eran "la pequeña producción agrícola, el estado patriarcal y el aislamiento".²² Atendiendo al espíritu y no la cita textual puede sostenerse que las condiciones socioeconómicas involucradas por el sistema "mercantil simple", proporcionan "un vigor y una firmeza particular" sobre todo a las formas de identidad étnica ya examinadas.

Esto no implica, desde luego, que en el mismo grado en que se disuelven las formas socioeconómicas de tipo campesino, tienden a desaparecer necesariamente las configuraciones étnicas. Sin embargo, se puede postular que en la medida en que se desarrolla un proceso de diferenciación en el cuerpo social y, por tanto, de complejización clasista —en condiciones históricas dadas que la investigación particular deberá establecer—, se crean las **condiciones** para que las configuraciones étnicas se coloquen en un nuevo terreno, en el que la etnicidad opera como un factor social de otra índole: como una pieza fundamental del fenómeno nacio-

²¹ No me detendré en mayores detalles en relación con el llamado sistema campesino: la literatura al respecto es muy abundante. Cf., algunos textos recientes, por ejemplo, A. Bartra, S. de la Peña, H. Díaz-Polanco, J. Guerrero, S. Perelló y A. Warman, **Polémica sobre las clases sociales en el campo mexicano**, México, Ed. Macehual, 1979; Roger Bartra, **Estructura agraria y clases sociales en México**, México, Ed. Era, 1975; H. Díaz-Polanco, **Teoría marxista de la economía campesina**, México, Juan Pablos Editor, 1980.

²² Lenin, "Esbozo inicial de las tesis sobre los problemas nacional y colonial", en *op. cit.*, p. 393.

nal, o sea, de la constitución de las nacionalidades. Por supuesto, no puede escaparse en este contexto que de manera sobresaliente la dinámica que hace cristalizar y vigorizarse al fenómeno nacional propiamente dicho, está íntimamente vinculada al proceso de desarrollo capitalista y sus implicaciones en términos de acumulación de capital, industrialización, ampliación del mercado, etcétera.²³

Ahora bien, ¿cuál es la relación que guardan los fenómenos étnico y nacional con la “región”? Esta pregunta nos remite a la problemática del **espacio de la etnicidad**. Sobre este aspecto de la cuestión haremos algunas reflexiones de carácter provisional.

El problema del “espacio” de los fenómenos étnicos y nacionales puede abordarse a partir del “hecho regional”, o sea, a partir de la problemática de los “espacios regionales”. Sin embargo, esa perspectiva puede conducir a inesperados callejones sin salida. Una vez determinados los conjuntos regionales, en función de parámetros que variarán de acuerdo con los enfoques teóricos y metodológicos adoptados, es muy común que se encuentren dificultades para hacer encajar las etnias o las nacionalidades con las “regiones”. Puede ocurrir que los grupos étnicos o las nacionalidades rebasen los marcos regionales delimitados o que se hallen arrinconados en los intersticios de conjuntos mayores con los cuales se articulan o que, como sucede a menudo, se presenten “dispersados” en espacios “regionales” diferentes.

Esas dificultades se derivan, a nuestro juicio, de la adopción en este caso de un inadecuado punto de partida analítico, que arranca precisamente de lo que debe ser explicado. En este sentido puede

²³ En relación con casos destacados de eclosión del problema nacional es posible observar la presencia de estos procesos de complejización social y de desarrollo de las fuerzas productivas, etc. “Durante dos o tres siglos —dice Samir Amín— España se detuvo en este estadio [correspondiente a su papel de intermediario ‘rentista’ entre América y la Europa del Noroeste], durante el cual el poder central dejó de oprimir a las minorías catalana y vasca... Y cuando a partir de los años ‘50 de este siglo, el brutal despegue industrial la condujo a recuperar su retraso, se vuelve a encontrar con su problema nacional [...] Bélgica ha estado durante mucho tiempo dominada por la burguesía valona, que no ha cesado de oprimir al pueblo (campesino) flamenco. Cuando, en una época reciente, el proceso de acumulación condujo a la industria moderna a desarrollarse preferencialmente en el país flamenco y la nueva clase obrera, flamenca, adquirió importancia, a través de ésta, socialdemócrata (en unas formas políticas atrasadas, sobre todo cristiano-demócratas), la cuestión lingüística comenzó a plantearse [...] Hay que decir otro tanto del Canadá, cuya burguesía, exclusivamente inglesa, reinó como señor sobre el pueblo québécois, campesino y conquistado. La emergencia de la reivindicación nacional québécois resulta de la industrialización de la provincia [...]” Samir Amín, “Clases y Naciones en el Materialismo Histórico. Un Estudio Sistemático sobre el Papel de las Naciones y las Clases en el Desarrollo Desigual de las Sociedades”, *El Viejo Topo*, Barcelona, 1979, pp. 103 y 104.

decirse que las configuraciones étnicas no son explicadas a partir de los “espacios regionales”, sino que al menos ciertas formas de espacios son explicadas en función de fenómenos sociales dinamizados por la etnicidad. Para decirlo de otro modo, los hechos étnicos y nacionales **crean** su propio espacio. De ahí que la existencia de las etnias y las nacionalidades como entidades históricas y fuerzas sociales no dependan **a fortiori** de un territorio delimitado, de características físicas, geográficas o ecológicas específicas, etcétera; o sea, de una serie de “rasgos objetivos” que con frecuencia son considerados componentes básicos de las delimitaciones “regionales”.

Efectivamente, recuperando una proposición de A. Lipietz,²⁴ el espacio concreto que corresponde a la etnia o a la nacionalidad está constituido por la **acción o el movimiento de masas**. Es éste el que da consistencia a la etnia o la nacionalidad y define su espacio, el cual es delimitado por la “unidad popular” que se constituye frente o contra determinadas relaciones sociales.

Esta perspectiva permite abordar algunos problemas difíciles. En primer lugar, con frecuencia se resta importancia histórica a ciertas etnias o nacionalidades (o se les niega cualquier “viabilidad”), tomando en cuenta que en el curso del tiempo han visto total o parcialmente transformadas sus fronteras o espacios de existencia o, más simplemente, que sus territorios les han sido arrebatados. Sin embargo, enfocando la cuestión desde el punto de vista del movimiento de masas y desde el eventual proyecto común que de él deriva, las cosas pueden verse de otra manera. En efecto, el movimiento popular puede mantenerse y aun vigorizarse con independencia de tales territorios o fronteras pasadas, porque él responde a determinadas relaciones sociales contra las cuales se constituye en una fuerza colectiva y en un virtual proyecto antagonista. De esta manera, los fenómenos étnicos o nacionales crean su propio “espacio” concreto, basado no en territorios o fronteras determinadas, sino en la fuerza de la acción o el movimiento de las masas.²⁵

En segundo lugar, el enfoque de las etnias y las nacionalidades como movimientos de masas que crean su espacio de acción

²⁴ Alain Lipietz, *El capital y su espacio*, México, Ed. Siglo XXI, 1979, p. 32 y ss.

²⁵ Es en este sentido que Lipietz ha considerado irrelevante el argumento de que la “reivindicación occitánica” no tiene sentido porque Occitania no ha existido como entidad. “Lo que hoy constituye la Occitania —dice el autor— no es una referencia a fronteras del pasado. Es la **formación** de un bloque popular contra ciertas relaciones sociales actuales, sobre la **base** de otras relaciones sociales heredadas de la historia, y no hay dos de esas relaciones que tengan la misma espacialidad. La única unidad concreta que constituye la Occitania es el movimiento de masas que la crea construyendo la unidad popular contra los proyectos del capital monopolista francés y atlántico”, *ibidem*, pp. 32 y 33.

permitiría entender no sólo ciertas “oscilaciones” temporales, sino además algunas irrupciones históricas repentinas, que se antojan extrañas, de pueblos que habían sido considerados como prácticamente extinguidos o “no viables”. Tales “oscilaciones” o irrupciones podrían cobrar sentido al ser examinadas desde el ángulo del debilitamiento o fortalecimiento del movimiento popular, o de la constitución de un proyecto colectivo que dinamiza la acción de masas allí donde antes no se había podido organizar.

Tomando en consideración estas proposiciones, en suma, se colige que es poco útil establecer de manera definitiva la “naturaleza” de una etnia o una nacionalidad porque, visto desde la perspectiva indicada, se trata de entidades sometidas a determinados grados de variabilidad histórica que dependen, entre otros factores, del carácter de la mencionada unidad popular. Asimismo, por igual razón no es posible establecer de manera fija o invariable el espacio o “región” que corresponden a una etnia o a una nacionalidad.